

LA PARTICIPACION ESPIRITUAL EN LA LITURGIA

PERE FARNES

Empezamos con este artículo una nueva sección dedicada a la participación espiritual en la liturgia. La participación espiritual en la liturgia fue una temática importante en épocas pasadas -tanto en los tiempos de decadencia litúrgica como incluso después de iniciado el moderno movimiento litúrgico- pero hoy queda quizás un poco relegada. En realidad hace unas décadas la participación espiritual era la única entonces posible. Hoy el contexto y la organización litúrgicas han variado y puede pensarse en una participación más plena, espiritual ciertamente, pero también visible a través incluso de signos litúrgicos externos. Pero existe el peligro que, como reacción a las prácticas anteriores que solo cuidaban los elementos espirituales -por el fenómeno que algunos llaman *ley del péndulo*- la participación espiritual, que sin duda debe tener la primacía, ahora quede a veces tan relegada que cuando se hace referencia a la *participación activa en la liturgia* casi ni se piense en ella. A este posible olvido se han referido, aunque de manera discreta y velada, como veremos próximamente, tanto el Sínodo del 85 como la Carta Apostólica *Vicesimus Quintus Annus* de Juan Pablo II.

1. La participación de los fieles en la liturgia durante los últimos siglos

Antes del movimiento litúrgico la participación de los laicos en la liturgia existía pero muy débilmente. Por lo común se limitaba a la *asistencia* a unas celebraciones que los fieles ni siquiera

comprendían; todo acostumbraba a reducirse a *contemplar las ceremonias* que realizaban los ministros y a *recibir* los frutos de la celebración. Había ciertamente participación -recibir la gracia que emana de los sacramentos es innegablemente *participar* en la liturgia-; pero se trataba de una participación pobre, poco consciente, muy pasiva y, por ello, posiblemente menos fructuosa.

A raíz del movimiento litúrgico la participación empezó a cambiar sus maneras y sobre todo creció el interés y los conatos de un mejoramiento en las intervenciones de los fieles en la celebración litúrgica. Los laicos continuaron limitándose a *contemplar* como los ministros actuaban, pero empezaron a interesarse por comprender lo que se realizaba en el altar y a no vivir ensimismados en sus rezos y meditaciones individuales. Se trataba aún una participación meramente interior, pero empezaba ya a ser por lo menos más consciente. Si durante los largos siglos que discurrieron desde que el pueblo se había distanciado del altar (sobre todo a causa de la lengua que no entendía) hasta el inicio del movimiento litúrgico se hablaba de *oír misa*, con el movimiento litúrgico no se llegó ciertamente a la expresión *participar* en la misa pero sí que surgió la frase *seguir la misa*. El pueblo continuaba aún externamente inactivo, pero su participación espiritual había mejorado indudablemente. *Miraba* únicamente la celebración, pero, al mirarla, ahora empezaba a comprender su significación y por ello su participación espiritual quedaba enriquecida. Un importante paso, pues, se había logrado con el movimiento litúrgico.

2. La participación de los fieles en la liturgia según el Vaticano II y el Magisterio moderno de la Iglesia

El Vaticano II abrió grandes horizontes y nuevas posibilidades en vistas a intensificar y mejorar la participación de los fieles en las celebraciones. La simple constatación de la frecuencia con que figuran en el documento conciliar de liturgia expresiones como *participación*, *participación activa*, *participación consciente*, *participación piadosa* demuestra por sí solo el interés que tuvieron los Padres en que se intensificara y pusiera a plena luz la participación de los fieles en la liturgia. La misma naturaleza de la liturgia, llega a decir el Vaticano II, exige la participación activa y consciente de los fieles en la misma (Sacr. Conc. 14). Difícilmente podría decirse algo más exigente al respecto.

Pero el Vaticano II no se limitó a postular con fuerza la participación de los fieles en la celebración sino que dio además un segundo e importante paso: la descripción de como debía ser esta participación. Subrayar las cualidades de la participación en la liturgia tal como las presentó el Concilio es hoy tanto más necesario cuanto más parece que posteriormente algunas de estas cualidades parecen haberse olvidado.

El calificativo que con mayor frecuencia matiza en los usos actuales el vocablo *participación* es el de *activa*. Se trata ciertamente de una de las cualidades de la participación que no puede olvidarse y que preciso subrayar y reconocer que se olvidó durante largos siglos. Los fieles de antes del movimiento litúrgico *participaban* ciertamente de la liturgia («oían misa», recibían la gracia de los sacramentos), pero lo hacían de una manera muy pasiva. Era necesario, pues, reanimar la participación y hacerla más *activa*. Pero con ello no terminan las cualidades que deben acompañar la participación. No basta, en efecto, que la participación de los fieles en la liturgia sea simplemente activa. Es preciso además que sea *consciente* (Sacr. Conc. 11.14.48), *piadosa* (Sacr. Conc. 48), *interior y exterior* (Sacr. Conc. 19; SCCD, 7-VIII-1972) 3), *espiritual y sacramental* (Euch. Myst. 3). Y muchas de estas cualidades se olvidan con frecuencia. Son demasiados los que confunden *participación* litúrgica con acciones externas, muchas de las cuales, por otra parte, no significan participación sino simple realización de ministerios (proclamar las lecturas, por ejemplo, o distribuir la Eucaristía).

3. Una visión equívoca de la participación en la liturgia

Después de haber hablado de la pobreza con que se desarrollaba la participación litúrgica antes del movimiento litúrgico -participación comúnmente limitada, como hemos dicho, a la presencia y a la recepción pasiva de la gracia sacramental- puede resultar iluminativo en vistas a lograr una participación más plena aludir a un hecho que está en la raíz de no pocos equívocos que también hoy empobrecen el sentido que se da a la participación activa en las celebraciones.

Si ponemos mientes en las maneras como se celebraba la liturgia hasta el Vaticano II hay que decir que antes del Concilio los únicos que *aparecían* activos en la celebración (nótese que decimos *aparecían* activos, no *estaban* activos) eran los ministros. Y ésto tanto con referencia a los largos siglos que

discurrieron entre el medioevo y los inicios del movimiento litúrgico como por lo que atañe a las primeras etapas del mismo movimiento litúrgico. Solo el celebrante, o a lo sumo sus ayudantes, realizaban acciones *visibles*. Los demás fieles se limitaban a *oír misa* o, a partir del movimiento litúrgico, a *seguir la misa* en sus misalitos.

En este contexto llegaron las disposiciones del Vaticano II. El Concilio, en vistas a la futura reforma que se proyectaba, se interesó desde los primeros momentos en procurar una más intensa participación de los fieles en la celebración y decretó que en la futura organización litúrgica *debía tenerse muy en cuenta la plena y activa participación de todo el pueblo* (Sacr. Conc. 14), pues *las acciones litúrgicas pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia* (Sacr. Conc. 26).

Pero esta buena simiente conciliar cayó en una tierra quizá no suficientemente preparada. Muchos, en efecto, acostumbrados como estaban a ver que sólo los ministros *aparecían* activos durante las celebraciones, pensaron que el ideal de la participación de los fieles debería consistir en que éstos se parecieran lo más posible a los ministros y como ellos se *mostraran externamente activos* durante la celebración. Pensaron que en ésto consistía la *participación activa* que propugnaba el Concilio. La participación plena en la liturgia, que por su propia naturaleza es, como la misma Iglesia, *visible y dotada de elementos invisibles, de tal suerte que lo visible en ella está ordenado y subordinado a lo invisible* (Sacr. Conc. 2) interesó mucho menos que el lograr que se dieran acciones externas para manifestar e intensificar dicha participación. Y de hecho muchos empezaron a confundir la participación con el ejercicio de ministerios y, en el mismo ámbito de la participación, se primó más -o quizá incluso en algunos ambientes se atendió exclusivamente- a lo *visible* de la liturgia (a que los fieles cantaran, por ejemplo o a que tuvieran actitudes externas comunes) que a lo invisible (que meditaran *activamente* el contenido de los cantos o profundizaran interiormente en el significado de las plegarias), realidades que constituyen ciertamente la *participación activa* más importante, la que aquí llamamos *Participación espiritual*. Y a los fieles se les empezó a insistir e incluso a forzar en la adopción de actitudes externas, olvidando casi siempre la participación espiritual.

4. Un texto histórico sobre la participación activa de los fieles en la liturgia

Nos parece sugestivo terminar esta primera aportación sobre la *Participación espiritual* en la liturgia con uno de los primeros textos que se escribieron sobre la *participación activa* de los fieles en la liturgia. Se trata de un párrafo de la Encíclica *Mediator Dei* con la que Pío XII dio carta de ciudadanía al movimiento litúrgico que hasta entonces algunos miraban con cierta desconfianza, texto que, por otra parte, encontramos en la base de varias afirmaciones del Vaticano II:

Conviene que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la *participación* en el sacrificio eucarístico; y eso no con un espíritu pasivo y negligente, discuriendo y divagando por otras cosas (alusión a las prácticas de devoción que, como el rosario rezado durante la misa, eran entonces frecuentes) sino de un modo tan intenso y *activo*, que estrechísimamente se unan al Sumo Sacerdote, según aquello del apóstol «Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo en el suyo»; y ofrezcan aquel sacrificio juntamente con él y por él y con él se ofrezcan también a sí mismos (Cf. F. GUERRERO, *El Magisterio Pontificio contemporáneo*, I, BAC 1991, Madrid, II, A, 99, págs. 651-52)

Aquí tenemos, pues, una de las primeras exhortaciones a la *participación activa* en la liturgia que se refiere precisamente a una *participación espiritual*. En los mismos orígenes, pues, de la moderna insistencia en la necesidad de la *participación activa* de los fieles en la liturgia nos encontramos con la alusión a la *participación espiritual* sin la que todos los demás auxilios llamados a fomentarla y acrecentarla -el canto comunitario, las actitudes comunes, la variedad de ministerios- no tendrían ningún valor, pues no son sino instrumentos, importantes ciertamente, pero siempre *ordenados* y *subordinados*, como afirmó el Vaticano II (Sac. Conc. 2) a la *participación interior* o *espiritual*. El Vaticano II, por su parte, no cambiará esta orientación. Bastaría para convencerse leer el primer apartado del capítulo II que trata precisamente de la *participación activa* de los fieles en la Eucaristía:

La Iglesia procura con solícito interés que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores; sino que, *comprendiéndolo bien* a través de los ritos y oraciones, participen *consciente, piadosa* y *activamente* en la acción sagrada, sean instruidos en la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios y *aprendan a ofrecerse a sí mismos* al ofrecer la hostia inmaculada (Sac. Conc. 48)

Aquí la *participación activa* estriba también principalmente, como en el texto citado de Pío XII, en aspectos interiores: comprender los ritos y oraciones, tener una actitud consciente y piadosa, ofrecerse a sí mismos junto con Jesucristo. La participación externa vendrá luego como ayuda importantísima a la participación interior o espiritual. Pero esta participación externa no pasa de ser el medio -*lo visible que está ordenado y subordinado a lo invisible* (Sac. Conc. 2)- mientras la participación espiritual constituye el fin mismo que persigue la celebración sacramental.